

Tres poemas

Julio Hubbard

Elegía por Nando

...una grappa y otra y dar de comer luego al bebiento
sin que fuera cosa del hambre o de la sed sino de ser
ese lugar del hombre a donde llegan vino y vínculo
sin motivo, ni razón de ser, excepto el ser —y cómplice
de risa con el forastero parido por avión
con media lengua, medio mundo en medio y sin familia
excepto que la risa hermana más que el sindicato
y entendimos un nuevo mandamiento: dar de reír al bobo.
Y mira, Nando, que pecamos de gula y nos salvamos
uno al otro: la orfandad es agujero; se repara con truchas
y pulpos y se sella como enseñas: una grappa y otra
y nueva otra vez como una hermana que se esconde,
detrás del comunista y le hace carantoñas y manos caracoles
detrás de las orejas porque el comunista sabe comer y hablar,
beber y hablar *ancora*, y siempre hablar con camaradas
de cera por la mueca de aguantar la hermana risa
del vecino, sin su vecino y tal y hablaba y por la nuca
se alejaba en años luz y sin callarse ni acordarse de esos dos
de carcajadas enceradas en las muecas y se fue como se van
los globos cuando se les sale el aire por la boca,
y es que los comunistas llaman al prójimo camarada
y lo quieren defender y no lo quieren. Luego de nuevo
la hermandad —¿te acuerdas, Nando?— con una grappa y otra,
la tarde hasta la noche y nuestro nuevo sindicato: la nieve
en el verano justo enfrente, la media lengua de tu amigo nuevo
y compartir el pan, los dos bebientos.

Explicación de Águeda en prosa

yo le debo
la costumbre
insana
de asaltarme
con fantasmas
que son cosas de advertir en uno
que va perdiendo el seso y la partida

y lo caminan larga, raquídeamente a uno hasta que pulen
el parquet dentro del cráneo y lo dejan todo rayado, escriben
por ejemplo, *Águeda nació en un glaciar, en un crucero cursi*
y el hielo se llamaba como tú, dos veces bueno para raspados
y solo así me explico que camine por en medio de las llamas
con el aura amarga que no se ha de quemar: era fantasma
del pasmo ante los hielos que se parten y estrellan lo celeste en mil
noticias
indicios
pedazos
y solamente puedes verla, repite neciesísimo Aristóteles, pero eso
no es el amor, hasta que no la huelas; es lo que mata
el enamoramiento: ve y obsérvala y largamente obsérvala:
se borra, se perramente borra y si la tocas con foco se vacía
en el centro y reaparece por los márgenes, rabillos, corazón.

No es que se fuera: te robó una cordura que compraste con el pan
de tu familia y ni teléfono para marcarle: llega según su gana
y según su gana toca todo por dentro: te digo que te toca
y te trabuca y cuando acuerdas tregua con las tripas
caes en cuenta: estás hablando solo.

Queja contra la dulce señora del aire amargo

porque se llevó todo y el meollo, y eso que la perseguí porque quise darle más: mi cuerpo, y lo llevaba como quien lleva un kilo de bisutería sagrada colgada de una res; pero dejó mi alma, y desalmado

no tuve más remedio que seguirla, ondeándole el trapo que no quiso, pero era más veloz que mis despojos y aprendí entonces a olfatear su rastro, comparando sus noticias con el olor milagroso de mis dedos.

Ataviado de alma pordiosera, aprendí a gruñir como un toro carnívoro: me gano la vida gruñéndola —y la gente me regala calderilla. Ahorro cada moneda y construyo la torre de la idiotez más alta: hasta que se rasgue una nube y sangre sol por todo un día. Y al final su rastro arrojará una luz que se prenda en mis dedos y podré navegar la noche y darle caza, si el azar se dulcifica y nos encuentra, y entonces sí la tundo con el pingajo eterno que pudo llevarse a condenar y redimió. 